

Un libro de descubrimiento de AB

Antojos de guardería

*Una historia de volver a la guardería y
encontrar amigos.*

CHRISTINE TEDDY

Antojos de guardería

Antojos de guardería

por

Christine Teddy

Primera publicación: 2025

Derechos de autor © AB Discovery

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de esta publicación podrá ser
reproducida, almacenada en un sistema de
recuperación, transmitida en ninguna forma, por
ningún medio electrónico, mecánico, fotocopia,
grabación o de otro modo sin el permiso previo por
escrito del editor y del autor.

Cualquier parecido con alguna persona, viva o
muerta, o con hechos reales es una coincidencia.

Antojos de guardería

Título: Antojos de guardería

Autora: Christine Teddy

Editor: Michael Bent, Rosalie Bent

Editorial: AB Discovery

© 2025

www.abdiscovery.com.au

ESTE LIBRO y todos los títulos de AB Discovery ahora
también están disponibles en audiolibro.

Contenido

Capítulo uno: La guardería del piso de arriba.....	7
Capítulo dos: Cunas vacías	10
Capítulo tres: Sam y la inundación matutina.....	13
Capítulo cuatro: Las cosas que no pudo decir.....	17
Capítulo cinco: El mensaje.....	21
Capítulo seis: Sucedió de nuevo.....	24
Capítulo siete: La trampa suave.....	27
Capítulo ocho: Algo que lo contenga todo.....	30
Capítulo Nueve: Tres Veces.....	33
Capítulo diez: Una prueba en porcelana y pastel	36
Capítulo once: El chupete y el camisón	40
Capítulo Doce: Instrucciones.....	43
Capítulo trece: La prueba del bebé.....	47
Capítulo catorce: El tipo de bebé.....	50
Capítulo quince: La tienda y el espejo.....	53
Capítulo dieciséis: Prueba y permiso	56
Capítulo diecisiete: El pasillo de la ropa de dormir.....	58
Capítulo dieciocho: La primera noche	61
Capítulo diecinueve: Construyendo un lugar para él	63
Capítulo veinte: La imagen	65
Capítulo veintiuno: La invitación	67
Capítulo veintidós: La guardería.....	70
Capítulo veintitrés: La pregunta que debían hacer	73
Capítulo veinticuatro: Luz de la mañana y leche	76

Antojos de guardería

Capítulo veinticinco: La tarde de descubrimiento de Sam	78
Capítulo veintiséis: Eliza explica las siestas.....	80
Capítulo veintisiete: Un comienzo suave.....	85
Capítulo veintiocho: Samantha y Eliza: Los próximos pasos	
.....	89
Capítulo veintinueve: Un apacible paseo por la tarde.....	93
Capítulo treinta: La primera salida de Samantha en el	
cochecito	97
Capítulo treinta y uno: La primera cita de juegos de	
Samantha con otro pequeño.....	99
Capítulo treinta y dos: La primera visita de Samantha a la	
juguetería.....	101
Capítulo treinta y tres: Samantha descubre el gateo.....	103
Capítulo treinta y cuatro: Los momentos de la guardería de	
Samantha.....	105
Capítulo treinta y cinco: Una realización muy especial..	106
Capítulo treinta y seis: El primer cumpleaños de Samantha	
.....	108
Capítulo treinta y siete: El primer amigo bebé de Samantha	
.....	111
Capítulo treinta y ocho: El jardín escondido.....	114
Capítulo treinta y nueve: Un gran corazón.....	128
Capítulo cuarenta: Un primer día en la escuela infantil.	132
Capítulo cuarenta y uno: Un círculo de cuidadores por la	
tarde	135
Capítulo cuarenta y dos: Noche en Little Sprouts	138
Capítulo cuarenta y tres : Un nuevo amigo.....	142

Antojos de guardería

Capítulo cuarenta y cuatro: ¿Cuántos bebés?.....	151
Capítulo cuarenta y cinco: Planificación de la guardería ampliada.....	153
Capítulo cuarenta y seis: El café tranquilo.....	160
Capítulo cuarenta y siete: Una visita optimista.....	163
Capítulo cuarenta y ocho: Observaciones desde el jardín.....	175
Capítulo cuarenta y nueve: Un valiente paseo matutino	178

Capítulo uno: La guardería del piso de arriba

La casa estaba en silencio, salvo por el tictac del reloj de pie en el recibidor y el ocasional susurro del viento que azotaba las altas ventanas. Eliza Fairchild estaba descalza en el umbral de la habitación del bebé del piso superior, con una mano apoyada en el marco de la puerta y la otra enroscada libremente alrededor de una taza de té de porcelana caliente. Bebió lentamente. Manzanilla. Sus ojos, serenos pero concentrados, recorrieron la habitación con la tierna mirada de una madre que lo había preparado todo, hasta el más mínimo detalle, para alguien que aún no había llegado.

La guardería no era para niños. No en el sentido común.

Un suave papel pintado en tonos pastel, pintado a mano con nubes y corderitos durmiendo, envolvía la habitación en un silencio sereno. Una cuna de roble claro, lo suficientemente grande como para que un hombre se acurrucara cómodamente dentro, se alzaba contra la pared del fondo. Sus barrotes blancos brillaban a la luz del sol. Un móvil, delicado y cosido a mano, danzaba perezosamente sobre la cuna; cada animalito se mecía suavemente, esperando. Cerca, un cambiador con gruesos pañales de algodón, doblados con un cuidado casi reverente, se encontraba bajo una vitrina con bragas de plástico en tonos pastel y frascos de talco. Una mecedora esperaba en un rincón, con sus cojines mullidos y acogedores.

La mirada de Eliza se quedó allí.

La guardería le había llevado seis meses terminarla. No se había apresurado. Nunca se apresuró. Ahora, libre de la presión de los plazos y las llamadas de negocios, vivía con calma y cuidado. Tras vender su tercera empresa, se había alejado del mundo del comercio para siempre. No necesitaba nada más. Sus necesidades, al parecer, eran completamente diferentes. Tenía mucho dinero, pero necesitaba algo que el dinero no podía comprar.

Antojos de guardería

Entró en la habitación y dejó la taza de té sobre la cómoda, junto a un mono doblado con suaves patitos amarillos bordados en el pecho. Sus dedos se posaron en la tela, rozándola suavemente como si estuviera calmado a un bebé invisible. El anhelo en su pecho se acrecentó; no por un niño como otros los llamaban, sino por alguien que la necesitara por completo. ¿Quién la dejaría ir y confiaría lo suficiente como para entregarse por completo a su cuidado?

No solo alguien a quien alimentar y vestir, sino alguien a quien mecer, limpiar, arrullar y acunar. Alguien que llenara el doloroso vacío que se había colado en su vida como la hiedra, sin importar en cuántas galerías de arte o planes de viaje se sumergiera. Quería, no solo criar, sino nutrir, completa e incondicionalmente.

El sonido de pasos suaves venía detrás de ella.

“¿Eliza?”

Se giró. Su madre, Margaret, estaba en la puerta, vestida con su habitual blusa de lino y un ligero aroma a lavanda. Su rostro, surcado pero sereno, reflejaba la suave diversión de alguien que había aceptado desde hacía tiempo las peculiaridades de su hija.

“No te oí entrar”, dijo Eliza.

—Traje la colcha nueva que me pediste. —Margaret levantó una pequeña manta doblada, azul pollo, con ribete de satén—. La de los elefantes.

El rostro de Eliza se iluminó con algo que no era exactamente una sonrisa, sino más profundo. “Es perfecto”.

Margaret entró en la habitación del bebé sin dudarlo y colocó la colcha dentro de la cuna, alisándola con manos expertas. Miró a su hija con un cariño silencioso.

“Siempre has sido igual, desde pequeña”, dijo. “Nunca quisiste muñecas. Querías bebés. Pero de verdad. Envolvías almohadas y me pedías que te vigilara mientras les dabas de comer”.

Eliza no apartó la mirada. “Todavía lo hago”.

Margaret asintió. No hubo juicio ni sorpresa. Solo una comprensión compartida que se había transmitido en susurros a lo largo de los años, en la silenciosa aceptación de que así era Eliza.

Antojos de guardería

—Lo sé —dijo—. Necesitas a alguien que te deje hacer todo esto. ¿Quién lo necesita tanto como tú? Es raro. Pero no es imposible.

"Ya estoy lista", dijo Eliza. "Todo está listo. Solo que no sé dónde está. No sé dónde está mi bebé".

Margaret extendió la mano y colocó suavemente un mechón de cabello oscuro de su hija detrás de su oreja.

—Entonces lo encontraremos —dijo—. Juntos, si es necesario.

Durante un largo instante, permanecieron allí, en el silencio de la habitación del bebé. Eliza aspiró el aroma a talco y lavanda. Su mirada se posó de nuevo en la cuna. Le dolía el corazón, pero no de desesperación. De expectación.

Porque en algún lugar, creía ella, había un niño que nunca quiso crecer de verdad. Alguien que anhelaba ser abrazado, bañado, cambiado y adorado. Alguien que esperaba ser reclamado, ser poseído de la manera más tierna y completa.

Y cuando lo encontró, nunca lo dejaría ir.

Capítulo dos: Cunas vacías

El vivero permaneció intacto durante semanas.

Cada mañana, Eliza abría la puerta, inhalaba el aroma a polvo que con tanto esmero cultivaba y acariciaba el borde de satén de la colcha de la cuna. Pero nunca se quedaba mucho tiempo. Estaba demasiado silencioso allí. Demasiado quieto. Demasiado inquietantemente silencioso.

Su búsqueda había comenzado con optimismo.

Anuncios discretos, redactados con cuidado. Unas cuantas publicaciones exploratorias en comunidades en línea que evadían el tema sin ser demasiado directas. Habló con hombres —algunos mayores, otros más jóvenes—, pero ninguno la entendió. O si lo hicieron, malinterpretaron la *profundidad* de sus deseos.

La mayoría asumió que era un juego temporal. Unos días de fantasía, luego de vuelta a la normalidad. Explicó amablemente su visión: no un juego, no un pasatiempo, sino la vida. La vida como cuidadora de un bebé a tiempo completo que no usaría pantalones ni hablaría con palabras adultas ni se preocuparía por las facturas. Alguien que gatearía si se lo pedía, tomaría fórmula tibia de un biberón que sostenía y dormiría en sus brazos con el pañal empapado y un suspiro de felicidad.

Un hombre la dejó en la nada tras una conversación prometedora. Otro se rió —de verdad se rió— y dijo: "*¿Hablas en serio?*". Un tercero estaba dispuesto, pero no mostraba ninguna necesidad emocional, solo una curiosidad superficial que parecía hueca y seca. Ella quería más. Quería un bebé de verdad, suponiendo que existiera.

Para la cuarta semana, Eliza permanecía acurrucada en la mecedora, quieta y dolorida. El único movimiento era el lento giro del móvil sobre la cuna, que proyectaba suaves sombras de animales en las paredes.

Allí fue donde Margaret la encontró.

Antojos de guardería

La mujer mayor entró silenciosamente, con una bandeja con leche caliente con canela y un bollo con mantequilla. La colocó en la mesa auxiliar, se agachó junto a la silla y simplemente puso una mano sobre la rodilla de su hija.

“Eliza.”

Eliza parpadeó y luego miró a su madre. «Pensé que estaba lista. Creé el espacio. Abrí mi corazón. Estaba tan segura».

—Estás lista —dijo Margaret—. Pero, cariño, lo que deseas es excepcional. Hermoso, pero excepcional.

La voz de Eliza tembló. «Me sigo preguntando si estoy rota. Demasiado. Me quedo despierta y pienso que tal vez no hay nadie así ahí fuera. Alguien que quiera *ser* ... mío. Mi bebé, mi infante, mi mundo».

Margaret se sentó en la alfombra de la habitación del bebé, con las piernas cruzadas como cuando Eliza era niña. «Déjame contarte algo que he visto», dijo con dulzura. «Hay *otras* mujeres como tú. A las que ya no les importa lo que piense el mundo. Que se pasan las mañanas vistiendo a sus hijas con pañales gruesos y peleles con volantes, que les cantan nanas a niños demasiado grandes para sus brazos, pero no demasiado grandes para sus corazones».

Eliza levantó la cabeza, con los ojos empañados.

—Conocí a uno —añadió Margaret con una leve sonrisa—. En el balneario de Dorset, la primavera pasada. Tenía un niño precioso, de unos cuarenta años, pero caminaba como un pato, con los pañales más gruesos que jamás hayas visto. Me enseñó fotos como hacen los padres orgullosos. Los hay, Eliza. Algunos ya tienen lo que quieras. No estás sola.

“Es solo que... no sé cómo encontrarlo. No quiero que nadie finja. Quiero a alguien que realmente *sienta* que pertenece a mis brazos”.

Margaret miró a su hija con más atención. «Entonces quizás estés buscando el punto de partida equivocado».

“¿Qué quieres decir?”

Un hombre adulto no suele despertarse un día y decir: «Ojalá me pusieran pañales de tela y me dieran de comer puré de guisantes

Antojos de guardería

en la bandeja de una trona». Se inclinó. «Pero piensa... ¿quién se siente ya como un bebé, aunque no lo sepa? ¿Quién vive ya una vida moldeada por las necesidades tempranas? Quizás no empieces con alguien que busca fantasías, sino con alguien que aún duerme en sus propios accidentes. Alguien solitario. Frágil. Alguien que ya anhela ayuda, aunque nunca pronuncie la palabra «*mamá*». Alguien cuya infancia es evidente para todos menos para él mismo.

Eliza se quedó pensando en eso. Una persona que moja la cama. No un jugador de rol ni un buscador de emociones. Alguien silenciosamente destrozado, ligeramente avergonzado, pero profundamente necesitado. Alguien que necesitaba el cuidado de una madre amorosa.

Algo le provocó un destello en el pecho. No emoción, sino algo más suave. Algo como *reconocimiento*.

Margaret le tocó la mano. «Hay chicos por ahí que se han escondido bajo sábanas gruesas, despertando mojados y solos. ¿Quién desearía, aunque sea una vez, que alguien los mirara y les dijera: «No pasa nada, cariño. Vamos a ponerte algo seco»? Y que incluso sonriera al decirlo.»

El silencio que siguió estuvo lleno de posibilidades.

Eliza exhaló lentamente. «Entonces quizás deba cambiar mi enfoque. Salir un poco de lo común... para encontrar a quienes no lo siguen».

—Exactamente. —Margaret se levantó del suelo y besó la frente de su hija—. Deja de buscar a alguien que *quiera* jugar a ser un bebé. Busca a alguien que ya viva como tal, y que simplemente no le hayan dicho que está bien.

Eliza miró hacia la cuna, la suave colcha azul doblada con amor.

Ella asintió.

La búsqueda no había terminado. Apenas comenzaba, solo... en un lugar más apacible. Un lugar donde los bebés vivían, pero no sabían que eran bebés.

Capítulo tres: Sam y la inundación matutina

Sam se despertó lentamente, como siempre: con la cabeza mareada, el sol ya presionando a través de los bordes de la cortina desgastada y un calor familiar acumulándose debajo de él.

¡No! ¡Otra vez no!

Se quedó quieto, parpadeando hacia el techo. El olor rancio era inconfundible. Algodón húmedo. Vergüenza. No necesitaba mirar para saber el daño. Aun así, tras un largo minuto fingiendo que tal vez... *tal vez* ... esta vez era diferente, apartó la manta y se miró.

Mojado.

Sus calzoncillos grises se le pegaban a los muslos, pesados y húmedos. La sábana ajustable que tenía debajo estaba oscurecida por manchas que se extendían, y el protector impermeable —ya no blanco, sino ligeramente amarillento por años de uso— se arrugaba ligeramente con sus movimientos.

Sam gimió y se giró de lado, presionando la cara contra la almohada con un gruñido de derrota. Se llevó el pulgar a la boca sin pensarlo. Al menos su almohada no estaba mojada esa mañana. Eso no siempre era cierto.

Se quedó allí unos segundos antes de que él lo apartara bruscamente con un siseo de frustración.

“Crece”, murmuró para sí mismo.

Se incorporó lentamente, las sábanas desprendiéndose de su piel con ese horrible sonido pegajoso. A su lado, en el hueco donde se hundía el colchón, yacía un osito pequeño y desgastado con un ojo de cristal y el pelaje enmarañado por el tiempo. Sam lo recogió y lo sostuvo contra su pecho un momento, luego lo colocó con cuidado sobre la mesita de noche, medio cubierto con una manta de bebé desteñida que nunca se atrevió a tirar. Que él supiera, era su manta de bebé original, la que había encontrado años atrás y robado como recuerdo especial.

Antojos de guardería

"Ya no está para mimos", se dijo una vez, en la universidad. "Solo es... sentimental".

Pero a veces seguía abrazándolo. Sobre todo después de noches malas como esta.

Con un suspiro, Sam se levantó de la cama, quitó las sábanas y las puso en el cesto de la ropa sucia, repleto de otras sábanas húmedas. Su piso era pequeño y limpio, pero olía a ropa lavada. Nadie lo visitaba. Ya no. Mantenía la puerta cerrada con llave y las cortinas corridas. La privacidad era más fácil que las excusas. Era demasiado difícil dejar entrar a otras personas en su vida. Sospechaba —aunque no lo sabía realmente— que los demás no tenían sus problemas; que se despertaban secos y limpios, con la vejiga llena, mientras que él se despertaba empapado y con la vejiga vacía. Siempre había sido así.

Su madre nunca había sido amable al respecto.

Ella lo llamaba "la desgracia". Él aún recordaba las sábanas de plástico, los baños helados de la mañana, los murmullos furiosos mientras ella le deshacía la cama mientras él permanecía allí de pie, con un pijama enorme y la mirada baja. Recordaba las nalgadas ocasionales por ello. Cuando tenía ocho años, intentó obligarlo a usar pañales. No suaves ni cómodos, sino de hospital. Duros. Médicos. Grabadas con el ceño fruncido y advertencias sobre *lo que usan los niños pequeños cuando se portan como bebés*.

Juró que nunca volvería a usar uno. Los pañales no eran para él. Eran para bebés, y él, definitivamente, *no era* un bebé. Apenas podía admitir que se hacía pis en la cama. Esa palabra significaba tanto y tenía un gran poder para herir.

Y desde entonces no había vuelto a usar pañal.

Pero últimamente...

Últimamente, se despertaba más mojado. Mucho más mojado. Las manchas se extendían. Ya no se despertaba *solo* mojado, sino empapado. La almohada solía estar mojada, y demasiadas veces sus pies estaban mojados. Y peor aún, algunos días también se le hacían más difíciles. Había empezado a notar pérdidas al final de la tarde. Un chorrito si se reía demasiado o aguantaba demasiado. Había

Antojos de guardería

arruinado tres pares de ropa interior en dos semanas. Eso nunca solía pasar. Justo cuando su enuresis se hacía inexplicablemente más intensa, sus días estaban desarrollando problemas. Los llamaba "problemas", no lo que realmente eran, que eran fracasos.

Aun así, se aferraba a la misma frase, murmurada cada mañana como una oración obstinada.

"No soy un bebé."

No importaba que se le metiera el pulgar en la boca cuando estaba ansioso. O que aún guardara un vasito con boquilla en el armario, porque beber de vasos en la cama siempre terminaba derramándose. Esa era su excusa. En realidad no era un vasito para niños pequeños. No importaba que anduviera por su piso con pijamas enormes y calcetines gruesos con suela de goma, o que la pantalla de bloqueo de su teléfono siguiera siendo una oveja de dibujos animados de su viejo libro infantil.

—No soy un bebé —susurró de nuevo, con los ojos cerrados.

Pero las sábanas empapadas en sus manos se sentían más pesadas cada día que pasaba.

Sabía que necesitaba ayuda. No solo por la incontinencia, sino por la soledad. No se lo había contado a nadie en años. ¿Quién lo entendería? ¿Quién vería el osito de peluche escondido, la succión del dedo, el pijama suave y la negación desesperada, y diría: «*Está bien. Ya no tienes que luchar*».

Nadie. Nadie lo entendería. Nadie querría entenderlo. ¿Y qué había que entender, de todas formas? Simplemente se hacía pis en la cama e intentaba no pensar en ello durante el día hasta que se metía en la cama con los protectores de plástico arrugados y sentía la frescura de la almohada y el protector debajo.

Él lo había aceptado.

Hasta que apareció el anuncio.

Más tarde ese día, con la ropa lavada en la lavadora y un paquete de pantalones secos guardado a toda prisa en un cajón, Sam se sentó en el sofá, navegando en silencio. Un pequeño anuncio, apenas visible, le llamó la atención en un foro especializado que rara vez visitaba.

Antojos de guardería

Busco a alguien que anhele soltar las cargas de la edad adulta. No es una fantasía. No es un juego. Un hogar de verdad. Una cuna cálida. Alguien que te ame plenamente, te cuide profundamente y te mantenga seco, seguro y adorado. Nunca volverás a despertar solo. Te lo prometo.

– E.

El corazón de Sam dio un pequeño vuelco. Parpadeó. Lo releyó. Una vez, dos veces.

Su pulgar encontró su boca nuevamente antes de que pudiera detenerlo.

Capítulo cuatro: Las cosas que no pudo decir

Sam se quedó mirando la pantalla.

El anuncio seguía allí, inmutable, tranquilo y seguro.

Un hogar de verdad. Una cuna cálida. Alguien que te ame plenamente... Nunca volverás a despertar solo.

Él hizo clic para alejarse de él.

Luego hice clic hacia atrás.

De nuevo.

Sentía un nudo en el estómago. Las palabras «cuna» y «seguro y seco» le daban vueltas en la cabeza como manos suaves que se extendían hacia él, pero retrocedió, incluso ante la idea. Se rozó el labio con el pulgar y lo apartó.

—No. No. Olvídaloo.

Se levantó bruscamente y empezó a caminar de un lado a otro por su pequeño apartamento como un animal acorralado.

"No soy... no soy un bebé", dijo en voz alta. Pero las paredes no respondieron. El único sonido era el zumbido de la secadora y el leve crujido de la funda de plástico del colchón cuando se movía demasiado rápido.

Sam no quería cuna. No quería biberones ni sonajeros ni, Dios no lo quiera, pañales. No quería nada de esas cosas de bebé. Ya no le quedaban... ¿cuándo? No lo recordaba bien. Su infancia era borrosa, y la prefería así.

Quería estar seco. Normal. Quería dormirse entre sábanas limpias y despertar igual. Quería amar a alguien y ser amado, sin necesidad de esconder ropa interior de repuesto en su bolso ni guardar un pijama de cambio debajo de la almohada «por si acaso».

¿Pero la verdad? La verdad era que no había tenido una noche seca en años. De hecho, había pasado tanto tiempo que podía contar

Antojos de guardería

con una mano las noches secas desde entonces. Eran a la vez asombrosas y vergonzosas.

Y la verdad era que a veces se despertaba solo una hora después de acostarse y sabía —sabía— que ya lo había vuelto a hacer. Ya mojado. Ya avergonzado. Las peores noches eran así: empapado a las 10 de la noche, tumbado en el charco tibio y humillante hasta que volvía a dormirse con la mejilla surcada de lágrimas y una mano en la boca, solo para volver a mojar las sábanas unas horas después.

Culpó al estrés. Se dijo a sí mismo que era temporal.

Él mintió.

Y seguía mintiéndose, incluso a sí mismo. No era algo pasajero, ni se estaba haciendo más ligero. Se estaba haciendo más pesado.

Pensó en aquella pijamada. Tenía once años. Lo suficiente para saberlo, al menos eso era lo que siempre le decían. Pero no lo suficiente para detenerlo. Recordó el calor bajo su cuerpo a primera hora de la mañana, el olor, el pánico. El chico con el que se quedaba —¿Tommy? ¿Toby?— se despertó y encontró la cama de Sam mojada y a él llorando. Pero no hubo risas. Ni gritos. Solo un silencio incómodo y un pijama prestado mientras alguien cambiaba las sábanas. Ojalá su hogar fuera igual de tranquilo.

El niño nunca volvió a mencionarlo. Sam sospechaba que la enuresis del niño no era tan lejana y probablemente aún recordaba la vergüenza.

Pero Sam nunca lo olvidó. Y nunca volvió a dormir en su casa. No es que hubiera ofertas. Sam era un solitario, e incluso otros solitarios no se llevaban bien con él.

Desde esa noche, supo que algo andaba mal. No solo con su cuerpo, sino algo más profundo. Algo *infantil*. Odiaba esa palabra, odiaba cómo le oprimía el pecho, pero lo seguía a todas partes. No era solo la orina. Era la forma en que se encogía al llorar. La forma en que se mordía el cuello del jersey cuando estaba nervioso. La forma en que *necesitaba* suavidad, la rutina. Cómo siempre guardaba una

Antojos de guardería

manta en el fondo del armario, aunque se decía a sí mismo que era solo para acampar.

Recordó la voz de su madre: cortante, regañona, medio susurrada por si los vecinos la oían.

Eres demasiado delicada para tu propio bien.

—No eres un bebé, Sam. Deja de comportarte como tal.

“¿Qué niña querría un niño que se hace pis en la cama y se aferra a un osito de peluche?”

Después de un tiempo, Sam dejó de querer chicas. Ni chicos. Ni a nadie. Le daba demasiado miedo estar cerca de nadie. Había dominado la distancia, había aprendido a mantener a la gente lo suficientemente lejos como para que nunca vieran su ropa de cama, nunca se quedaran a dormir, nunca le preguntaran por qué siempre lavaba la ropa los jueves, solo, sin falta.

Creó un espacio entre él y el mundo. Allí estaba más seguro.

Pero una parte de él, pequeña, enterrada, anhelaba que alguien viera más allá de todo eso. Alguien que no se inmutara al ver su vergüenza. Alguien que no lo obligara a fingir. Alguien que lo abrazara cuando llorara sin preguntar *por qué*, y que dijera las palabras que no había oído desde que era pequeño, tierno y confiado:

—No te preocupes, cariño. No es tu culpa.

Le dolía el corazón. Lo negaba, pero su ser interior ansiaba ser aceptado como el niño roto que era por dentro.

Y aún así...

La palabra *cuna* todavía lo asustaba. Lo aterrorizaba. La palabra *pañal* le revolvía el estómago. No era lo que quería, ¿verdad? No, no. Eso no. Quería estar seco. Fuerte. Mayor. No volver a usar pañales como... un bebé.

Pero entonces, ¿por qué el anuncio le parecía una canción de cuna? ¿Por qué le cantaba?

¿Por qué la idea de que alguien lo levantara y lo colocara en un lugar seguro, suave y acolchado le hacía escocer los ojos?

Él volvió a sentarse.

No respondió. Todavía no. Sus manos flotaban sobre el teclado.

Antojos de guardería

En cambio, susurró una cosa en el silencio, apenas audible:
“No soy un bebé...”

Cerró los ojos. Y por un instante, una cálida voz —imaginada o recordada— resonó suavemente en su mente.

Sé que no lo eres. A menos que quieras serlo.

Capítulo cinco: El mensaje

Eliza revisó su bandeja de entrada en el momento en que se despertó.

Allí estaba.

Un mensaje.

Corto. Cauteloso. Enviado a las 2:17 a. m. Una hora ridícularmente temprana. Se preguntó quién estaría despierto a esa hora. Y entonces sonrió. Muchos años atrás, su hermano menor solía estar despierto en mitad de la noche mientras su madre le cambiaba las sábanas mojadas. Solo tenía diez años, pero ella nunca lo olvidó.

Ella contuvo la respiración mientras abrió el correo electrónico.

Asunto: Hola

Hola.

Vi tu publicación. No sé si soy exactamente lo que buscas. No soy un bebé ni nada, solo... un poco blando, supongo.

He tenido dificultades con la gente. No se me da bien ser cercano. Pero me gustaría hablar con alguien.

Lo siento si esto no es lo que estás buscando.

– Sam

Lo leyó una vez y luego dos veces más.

—Solo un poco blando —murmuró. Sus dedos rozaron el borde de la taza de té—. Ni mención de pañales. Ni de regresión. Pero...

Podía sentirlo: la tensión, el miedo, el deseo. La forma en que su mensaje era cuidadosamente equilibrado, sin decir nada demasiado embarazoso, pero suplicando en voz baja el contacto. Había vergüenza en ello. Y soledad. No dijo mucho, pero lo que *no* dijo fue lo que más impresionó. Eso decía mucho.

“Se está escondiendo”, dijo en voz alta.

Antojos de guardería

Su madre levantó la vista de la mesa del comedor, donde tejía junto a una taza de café solo. "¿Te contestó el pequeño?"

Eliza giró su portátil para mirarla. Los ojos de su madre recorrieron lentamente la pantalla, con expresión tranquila y perspicaz.

—Está aterrorizado —dijo en voz baja—. Por eso es tan corto.

Creo que no ha tenido ningún consuelo. Y no creo que nadie le haya dicho nunca que no tiene que ser el adulto.

—Sin embargo —dijo su madre con dulzura—, todavía no dice lo que realmente necesita. Probablemente no sabe cómo. ¿Crees que se hace pis en la cama?

Eliza asintió lentamente. «Casi seguro. Pero no lo mencionó. Lo que significa que está avergonzado. Y posiblemente... cree que eso hará que lo rechacemos».

Su madre chasqueó la lengua con compasión. «Pobre bebé».

Quiero responderle. Pero no quiero asustarlo.

—Entonces, ten calor —dijo su madre, dejando la labor—, pero sé clara. Tendrás que preguntarle qué no dice. Hazle saber que lo ves, pero que *no importa* que te vean.

Eliza pensó un buen rato. Luego, con dedos cuidadosos, empezó a escribir.

Asunto: Me escribiste

Querido Sam,

Muchas gracias por escribir. Dices que no eres un bebé, y no pasa nada. No estoy aquí para decirte quién eres. Pero tengo claro que eres una persona muy tierna, alguien que lleva mucho tiempo cargando sola. Lo noto.

No me molesta la dulzura. De hecho, me encanta. Considero que la dulzura y la gentileza son muy valiosas en alguien, especialmente en un mundo que puede ser tan duro y frío.

Me pregunto, Sam... si te hiciera preguntas difíciles, amables pero sinceras, ¿serías capaz de responder con sinceridad? No para impresionarme. No para decir lo que crees que quiero oír. Solo para

*Antojos de guardería
poder entender esos pequeños detalles tuyos que has tenido que
ocultar.*

No tienes que ser nada de lo que no eres. Pero...

¿Te despiertas mojada, cariño?

¿Le resulta difícil mantenerse seco durante el día?

¿Duermes con un oso o te chupas el dedo?

Cuando piensas en cunas, siestas o peluches... ¿sientes miedo?

¿O algo más que no sabes cómo nombrar?

*No tienes que contármelo todo ahora. Pero me gustaría
conocerte, si me lo permites. Sin vergüenza. Sin regaños. Sin fingir.*

Estás seguro aquí.

Cordialmente,

Eliza

Eliza leyó el mensaje y luego presionó "Enviar".

Su madre extendió la mano y le apretó la suya. «Se asustará, cariño», dijo. «Pero si es tu bebé, en el fondo, esto despertará algo en él. Ya verás. Quienes aún son bebés por dentro pueden ocultárselo a sí mismos, pero no a los demás».

Eliza asintió. No estaba segura de si esto llevaría a alguna parte. Pero sabía lo que había leído entre líneas: la inconfundible tristeza de alguien que aún se despertaba empapado y solo, y deseaba en silencio, quizás de vez en cuando, que alguien más tomara el control y dijera:

—Está bien, cariño. Mamá ya está aquí.

Capítulo seis: Sucedió de nuevo

Sam escuchó el *ping* y miró su teléfono.

Una respuesta.

De ella.

Sintió una opresión tan fuerte en el pecho que no podía respirar. Su pulgar permaneció sobre la pantalla durante casi un minuto antes de abrir el mensaje. Rara vez recibía buenas noticias. Casi siempre eran malas.

Lo leyó una vez.

De nuevo, otra vez.

Entonces, a la tercera vez, las palabras empezaron a desdibujarse. Algo en su pecho se quebró.

Las palabras no eran crueles. No eran despectivas, ni condescendientes, ni frías. Eran... amables. Delicadas. Atentas. Y lo vieron, lo *vieron* de una manera que nadie más lo había hecho.

“¿Te despiertas mojada, cariño?”

Su respiración se entrecortó.

“¿Duermes con un oso o te chupas el dedo?”

Se quedó mirando la pregunta. Sus labios temblaron.

No supo cuándo empezó, el calor acumulándose en su regazo, solo que ya había sucedido cuando miró hacia abajo.

Húmedo.

Mojado.

Sus pantalones de chándal se le pegaban, se oscurecían entre las piernas y un pequeño charco se había extendido debajo de él en el borde del sofá.

—No... —susurró—. ¡Esto no puede estar pasando! ¡Ahora no!

Fue el primer accidente completo que había tenido en años: *mojarse los pantalones*, no solo la vergüenza nocturna en la cama. Esto era algo más. Era una pérdida total de control. Y por un breve y horrible instante, sintió que lo habían *reducido*, como el niño que llegó llorando del colegio en séptimo año y que había regresado, empapado y humillado, a una casa sin ningún consuelo.

Antojos de guardería

—Bueno —había dicho su madre, con los brazos cruzados mientras miraba su uniforme empapado—, supongo que ahora sabemos por qué eres tan tímido con las chicas. ¿Quién querría esto?

Ella se rió. Se rió de verdad. No con crueldad, ni con malicia, sino con una especie de desdén despreocupado que dolía más que gritar. Él había llorado en la ducha ese día, intentando quitarse la vergüenza como si fuera a despegarse de su piel. Había tirado los pantalones. Pero el recuerdo persistía.

Y ahora, de alguna manera, esta mujer —Eliza— lo había visto. Le había preguntado con dulzura si estaba bien. Lo había llamado *cariño*.

Se echó a llorar. Lágrimas fuertes, torpes y no disimuladas. Por primera vez en años, no se las secó.

No quería responder. Pero tenía que hacerlo. Sabía que tenía que hacerlo. Pero realmente le aterrorizaba, como si cada palabra fuera sopesada y medida hasta que lo rechazaran o, peor aún, se burlaran de él.

Se cambió, limpió el charco, se sentó temblando con ropa nueva y seca, y luego abrió su portátil. Su respuesta llegó lenta y dolorosamente, pocas palabras a la vez.

Asunto: Re: Me escribiste

Eliza,

Gracias por responder. No me lo esperaba. No sé qué hago aquí.

Leí sus preguntas y... Intento ser sincero, pero es difícil. No quiero decir demasiado y arruinar algo antes de que empiece.

La verdad es que... sí. Me despierto mojada. Todas las mañanas.

No es mi intención. No es algo que me guste. Es solo que... ha sido así durante muchísimo tiempo. Desde que era pequeña. Paró un rato y luego volvió. De día suele estar bien. Normalmente.

No me chupo el dedo. Bueno... sí. A veces. Sin querer. Lo noto en mitad de la noche. O cuando estoy agobiada.